

Superman tiene
los abdominales
de espuma

Laura Cárdenas



Superman tiene los abdomina- les de espuma

Laura Cárdenas

© 2016 Laura Cárdenas

Abril 2016

Fotografías de portada y contraportada: © 2016 Patricia del Sol

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial sin el consentimiento de los responsables.

ISBN-13: 978-1530799879

ISBN-10: 1530799872

*A Noelia y Leo,
dos auténticos superhéroes.*

Capítulo 1 El Abogado y Ally McBeal

—Buenos días, Superman, ¿nos levantamos?

Estaba hecho un ovillo extraño boca arriba, con las piernas encima de su barriga, las que apartó con sumo cuidado. Los abdominales de espuma de su traje de superhéroe lo hacían parecer un barrigudo con implantes.

Siempre le resultó curiosa la forma tan extraña que tenía de dormir. Le arremolinó su pelo castaño.

—Venga, Hugo, que no llegamos al cole. Venga, venga, venga... —Comenzó a hacerle cosquillas.

Se abrazó a sus rodillas y en posición fetal le contestó: «Un ratito más», palabras pesadas pero completamente comprensibles.

—Colega, eres un superhéroe. Puedes con todo.

—Me llamo Superman —respondió adormilado.

—Eso quería decir... Pero ¿quién me va a proteger si Superman prefiere dormir un rato más? Espera, voy a llamar a Batman.

—No mami... yo te cuido.

—Pues tienes que levantarte.

—Vale, me levanto y te cuido.

—Más de lo que imaginas, colega.

A Carlota no le importaba que Hugo durmiera con ella. Llevaba tanto tiempo sola que su mejor amigo tenía tres años y medio, su tarde perfecta era esa en la que era rescatada de las garras de un monstruo de plástico de diez centímetros por el superhéroe que su hijo decidiera ser ese día y desayunar cereales con cara de dibujos animados en vez de café era el comienzo ideal de cada nuevo día.

Descorrió la cortina de un golpe seco, levantó las persianas y abrió la ventana. El frío invadió la habitación.

Se abrazó a sí misma moviendo sus brazos para entrar en calor de nuevo. Observó la poca actividad en la calle. Parecía que al día le costaba arrancar, tal y como le pasaba a Hugo; tal y como le pasaba a ella aunque fingiera.

Bostezó.

—Venga, Hugo.

—Estoy aquí, mamá.

Lo tenía a su lado con sus zapatillas de aviones, su disfraz de Superman y sus pelos locos.

—Bien, pequeño... vamos a desayunar.

—Mamá, te vas a poner malita.

Carlota miró a sus pies descalzos. Le gustaba sentir el tacto del suelo.

—Vale, me pongo las zapatillas antes, señor responsable.

Hugo sonrió victorioso.

No tenían coche ni creían necesitarlo. Solían viajar en transporte público y hacía mucho tiempo que se acostumbraron a esa mecánica de vida relativamente organizada: salir de casa sin pausa, correr hacia el metro o el autobús con el viento de cara y el paralizante frío de invierno, el beso con prisa en la puerta del colegio, el «te quiero, pórtate bien y cómete toda la comida».

No era la mejor madre del mundo, pero por muy tónico que sonase, Hugo se había convertido en todo su mundo.

Vivía sola desde su época universitaria, cuando junto con su hermano, cambió el pueblo por la capital para estudiar diseño. Guillermo encontró novia en primero de carrera y a los dos meses se fue a vivir con ella.

Carlota fue una cabeza loca con suerte en los estudios. Aprovechó todas y cada una de las fiestas que se pusieron en su camino.

Cometió errores. Muchos errores. De hecho, Hugo fue la conclusión de uno de los que tuvo en su último año de carrera, asumido y complicado a partes iguales. Ahora no cambiaría su vida por absolutamente nada.

Llegó a la oficina con dos cafés en vaso de papel. Uno lo dejó en su mesa y otro en la de su hermano justo cuando lo saludaba

—Buenos días, Willy.

—Buenos días, Clara.

—Joder, que frío hace hoy —dijo al tiempo que encendía el ordenador.

—Míriam quiere que vengas a comer a casa.

—Hoy no puedo.

—A ver, ¿qué plan tienes?

No le contestó.

—¿Piensas volver a tener vida social algún día?

—Tengo vida social... Además, voy más veces yo a vuestra casa que vosotros a la mía.

—Tú estás sola.

—¡Zasca! No estoy sola. Tengo a Hugo. Veniros esta noche a casa y hago algo de cena.

—Lo comento y te digo. Pero de verdad, deberías salir y tener vida.

—Vale, papá, ¿trabajamos?

—No me compares con papá.

—¡Pues no me llames Clara! —Sonrió— Y por favor, dejad de una maldita vez de compadeceros de mí. Tú, Míriam, mamá, papá... ¡vale ya! No necesito más de lo que tengo ni mucho menos forzar ninguna situación. No me apetece salir ni conocer gente nueva. Estoy hasta las narices de que os apiadéis de mí, que parezco una pobre desgraciada de telenovela —contestó con el mismo dramatismo que una de esas intérpretes de culebrón, enfatizando irónicamente el final de la frase.

—¿Desde cuándo no tienes una conversación real con un adulto?

—Se supone que estoy teniendo una.

—¡Venga ya! Me has entendido. Una con alguien que no seamos nosotros cuatro ni tenga que ver con el trabajo.

—Hablo con Sonia.

—Hablas por Skype.

—Si no viviera en Nuevo Méjico hasta la vería en persona.

—No me vale.

—¡Pues a mí sí! Joder, Guille, ¡déjalo! Cuando te levantas con el día *Pedro García Aguado* eres insoportable.

—Nos preocupamos por ti.

—Pues no lo hagáis. Ya pediré auxilio cuando lo necesite, pero de momento creo que no estoy en peligro.

Abrió en *Spotify* una selección de canciones que con tiempo ha ido agrupando en una carpeta llamada «Música para creer y crear».

Y antes de perderse en lo más profundo de su trabajo le contestó:

—Aun así, hermanito, gracias por la preocupación.

Guille asintió con convicción mientras jugaba entre sus dedos con el bolígrafo de su tableta digitalizadora.

Estaban inmersos en sus respectivos trabajos cuando entró un cliente y se detuvo delante de la mesa de Carlota.

—Buenos días, soy el abogado.

—¿Perdón?

—Pablo Mateo. El abogado.

—Soy Carlota Vega, la diseñadora y sigo sin entenderte.

—Vengo por lo de la citación.

Miró a Guille dubitativa. —¿Qué citación?

—¿Vagué?

—Está dos plantas más arriba... Vagué Diseño y Moda — Señaló al techo—. Estás en Vegados Diseño Gráfico.

—¡Mierda! Llego tarde... Gracias —No había salido cuando volvió a la mesa—. Disculpa, ¿tenéis tarjeta?

—Eh... sí.

Sacó una tarjeta de una pequeña cajita de plástico transparente y se la extendió

—Gracias. Te dejo la mía —Sonrió—. Nunca se sabe para qué se puede necesitar un abogado y... por cierto, me encanta la canción que suena.

—Tienes buen gusto entonces.

—Que tengas un buen día.

—Igualmente.

...

—Ese tío te estaba tirando la caña.

—Flipas, Willy.

—Lo que tú digas, Clara. Pero te tiraba la caña.

Lo mandó a callar.

—Te va a escuchar y ¿quieres dejar de llamarme Clara?

—Sabes que no. Trabaja, anda.

Le gustaba su trabajo y compartir las horas con su hermano. Se comprendían bastante bien y sobrevivían en un mercado desgraciadamente cada vez más saturado.

No tenían horarios, pero por ello tampoco terminaban de desconectar del todo.

El día a día se había convertido en algo mecánico. Trabajar, comer algo con prisas en casa o en la propia oficina, visitar a algún cliente y a media tarde recoger a Hugo en la escuela para trabajar desde casa lo poco que este la dejaba.

Los viernes, como hoy, no abrían la oficina por la tarde y eso le daba más margen con el pequeño.

Estaba resguardada en la puerta del edificio. Diluviaba. Escuchó el ruido del control automático que activa la apertura de la puerta, que pocos segundos después se abrió.

—¡Anda! La diseñadora.

—El abogado.

—Buena serie.

—Soy más de *Ally McBeal*.

—Al menos tienes buen gusto en canciones.

—No subestimes mi buen gusto en series. Es sorprendente que conozcas esa canción

—¿Por qué? Tú la conoces. *You can have Manhattan...*

—*Cause I can't have you*

—¿Estás ligando conmigo?

—¿Perdona? —Se resguardó avergonzada en el abrigo.

—Es broma. ¿Te puedo invitar a un café? Llueve demasiado para moverse de aquí y por suerte hay una cafetería junto a tu portal —Señaló a su izquierda.

—Lo siento —Señaló al frente—. Creo que ese es mi taxi. Pero, gracias... eh... Pablo.

—Buena memoria.

—Hasta luego.

—Adiós.

Se alejó en el taxi y lo vio sonreír en la puerta. Era atractivo y elegante. Bastante alto y delgado. No se había podido fijar en más detalles. No sabía si tenía los ojos claros u oscuros. Sonrió al verse intentando recordarlo

—¡Me estaba tirando la caña! —susurró.

—¿Disculpe? —le recriminó el taxista.

—Nada, disculpe, hablaba sola. A Vital Aza, por favor.

Abrió su agenda por el día de hoy viernes, cinco de diciembre. Fin de semana festivo y largo. De entre las hojas cayó la tarjeta de Pablo. Al cogerla de entre sus pies pensó: «hoy le ha dado por mí al abogado»

Como diseñadora le pareció la tarjeta más simple del mundo, pero en definitiva todas las tarjetas jurídicas lo eran. La escrutó. Un rectángulo de cartulina blanca con el emblema de la empresa en el margen superior derecho, en el centro en negrita su nombre, Pablo Mateo López, debajo en tonos grises se podía leer, Abogado Senior. Dirección, teléfono fijo, móvil y dirección de correo electrónico. Se preguntó si sería ese su número personal o el de un móvil de empresa. Dudó incluso en guardarlo en su agenda. Sonrió al imaginarse escribiéndole un *e-mail* donde le dijera que *El Abo-*

gado es la peor serie legal jamás realizada, le adjuntaría un enlace a Wikipedia con los premios obtenidos por la serie y a su vez se regodearía adjuntando otro enlace con la enorme lista conseguida por *Ally McBeal*.

Se restregó los ojos con los dedos, pues también pensó que se estaba volviendo loca. Al final, no hizo nada. No lo iba a llamar y esperaba no tener que hacerlo nunca. Al menos no para temas laborales y, mucho menos, para escribirle un e-mail. Eso nunca.

Carlota había conseguido llevar una vida medianamente ordenada, era luchadora y, aunque había noches en las que caía desplomada en la cama por absoluto cansancio, era constante e implacable.

Sencilla a la hora de vestir no solía salir de casa sin al menos «pintarse la pestaña». Posiblemente, en esa sencillez naciera su belleza.

Su seguridad, su elegancia natural (a la que adjudicaba méritos el ser heredada de su madre) y la respuesta amable que siempre tenía para todo el mundo, sin duda, eran sus mejores armas.

Recogió a Hugo de la escuela y juntos fueron al supermercado. Guille la había llamado cuando aún se encontraba en el taxi. Irían a cenar sobre las nueve.

Aprovechó la siesta del pequeño para organizarlo todo. Cocinar la relajaba.

Si echaba la vista atrás cinco años, pasar horas en la cocina era toda una odisea y el plato estrella lo constituían las hamburguesas turradas con beicon seco al estilo suela de zapato. Cuando pudo dedicarle tiempo descubrió no solo

que era algo que le gustaba, sino que además se le daba bien.

Mientras preparaba por un lado la verdura por otro hacía las patatas panaderas, de fondo tenía puesto el televisor para sentir algo de compañía, pero apenas le echaba cuenta. Lo tenía casi sin sonido para no despertar a Hugo. Y entre fogones, siestas y televisores en modo reunión, en el bolsillo trasero de sus vaqueros sintió vibrar el móvil que siempre solía llevar en silencio.

Era un *WhatsApp* de un número desconocido en el que podía leer:

Once upon another time 20:02

Lo agregó a la agenda como «X», para poder ver si era chico o chica, tenía foto y le resultaba conocido o si era algún despistado que había agregado a su teléfono el número equivocado.

Una foto en blanco y negro, una preciosa sonrisa de perfil y de nuevo, él.

Ignoró el mensaje y siguió cocinando.

No le dio ni un ápice de importancia. Le halagaba que un hombre volviera a mostrar interés en ella y aunque pensaba contestarle, no lo iba a hacer en ese momento. En el fondo, le gustaba jugar al desconcierto que lleva implícito el intento de seducción.

Organizar una cena a media tarde conlleva no descansar nada. Carlota tenía que aprovechar el tiempo en el que Hugo dormía para poder dedicarse minutos a ella misma. Em-